

FRANCIA: LA ASAMBLEA DE LA SUCESION

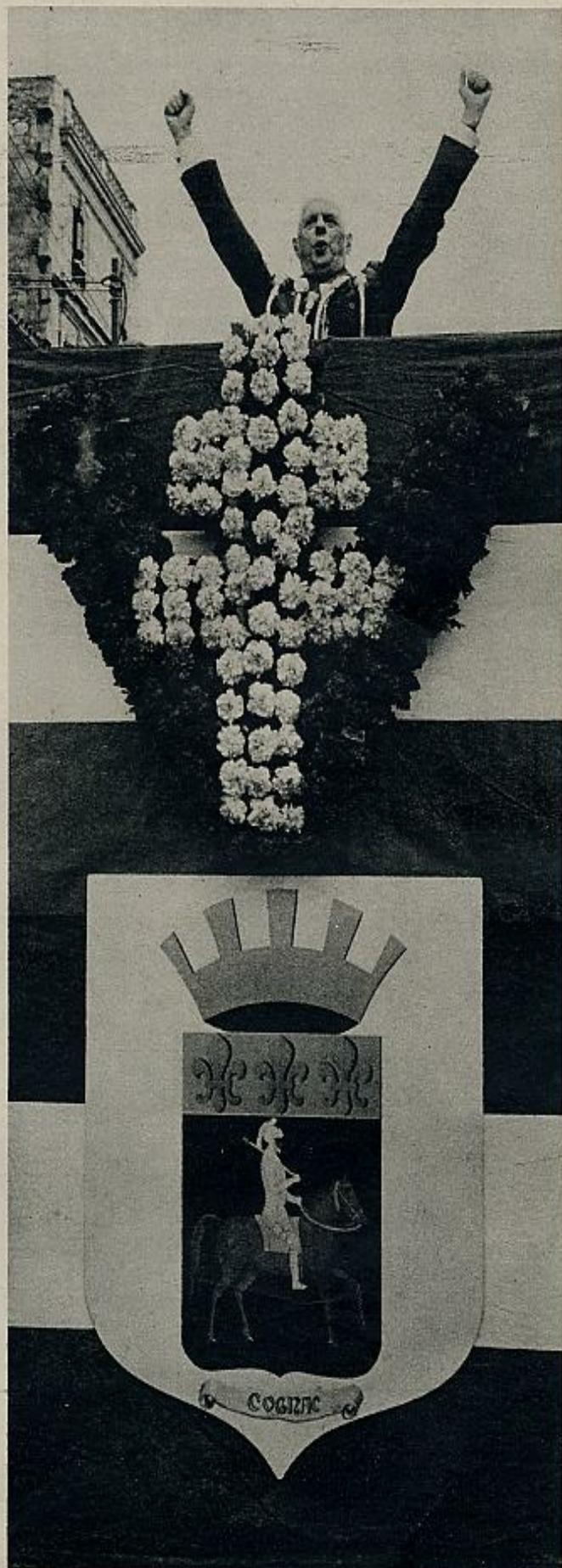
Por **EDUARDO HARO TEGLEN**



La izquierda francesa ha conseguido un notable éxito en las últimas elecciones legislativas gracias a su unidad. Republicanos, socialistas y comunistas consiguieron establecer una disciplina de voto entre sus seguidores. En la foto, una reunión preparatoria de la reforzada alianza izquierdista, en la que intervinieron François Mitterrand, Guy Mollet, Etienne Fajon y Waldeck Rochet. Los dos primeros, republicano y socialista, respectivamente; los dos últimos, dirigentes del partido comunista.

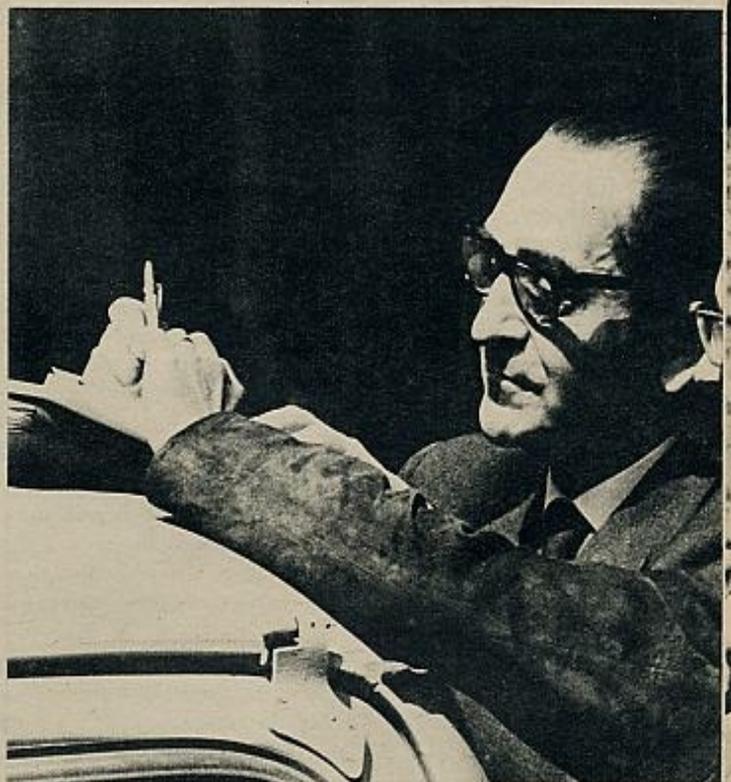
EN el año 1972, la Asamblea Nacional francesa que ha sido elegida en el doble turno de los domingos 5 y 12 de marzo terminará su legislatura y habrá de renovarse con nuevas elecciones generales; terminará también el periodo presidencial y la más alta magistratura de la nación será también decidida por votación directa del pueblo. En ese mismo año, el general De Gaulle cumplirá los ochenta y dos años de su dilatada existencia. La conjunción de esos tres hechos normales, inscritos en el reloj de la política regular y de la biología del general, parecen de naturaleza suficiente como para provocar en Francia una tremenda sacudida política. Sobre todo teniendo en cuenta los últimos resultados electorales, que parecen mostrar con bastante claridad que entre lo que con demasiada facilidad llamamos partido gaullista, unas veces llamado U. N. R., otras, pomposamente, partido de la V República, y la catástrofe, no ha habido esta vez más barrera —tenue— que la propia existencia física del inventor del régimen, que la presencia del general Charles de Gaulle. Llamamos con demasiada facilidad partido a esa formación, a la que no está afiliado el hombre que la provocó, y no lo es. Se trata de un conglomerado, de una coalición; incluso de una resignación. El «Partido de la V República» liga provisionalmente entre sí unos grupos conservadores, capitalistas a ultranza, inmovilistas; otros más jóvenes, dotados de un conservadurismo más moderno; otros, finalmente, pertenecientes a una izquierda reformista, que incluso han militado en una izquierda extremada y se han alineado después con el poder. Su mismo nombre de «Partido de la V República», que quiere ligarle definitivamente con el régimen mismo, tiene ya una vocación de partido único; y lo sería si cierto poder democrático francés no hubiese limitado los poderes dictatoriales que da la Constitución al presidente de la República. Con vocación de partido único, está formado por el aluvión de aquellos a quien un largo poder ilusiona, por los que no creen en la política, por los que no creen que el mundo es un escenario eterno y rápidamente cambiante, por los que no tienen noción de la velocidad con que se viene encima el futuro. Un partido único es algo condenado a plazo más o menos largo a la disolución, o a la división entre sí, por lo menos; división, de la que regresa a la pluralidad de partidos. El «Partido de la V República» ha obtenido aún una mayoría absoluta en estas elecciones: leve, levisima. Pero la conclusión que cabe sacar del resultado es que su vida está contada y que no serán suyas las próximas elecciones. Cabe contar, también, con algunos acontecimientos extraordinarios entre esta fecha y la de 1972, en la que está emplazado. Se puede suponer que algunas elecciones parciales le arrebatan la mayoría; se puede suponer que el general, haciendo uso de sus atribuciones, decida disolver la Asamblea y convocar nuevas elecciones generales. Puede ocurrir que De Gaulle muera, que De Gaulle se retire. Parece que el mismo general descarta todas estas posibilidades. Cuentan en París que hace unos días fue a visitarle su editor para pedirle un nuevo tomo de sus memorias, y que el general le respondió: «Por ahora, no. Espere usted a que termine mi vida política, o sea, unos diez años». No es posible decir hasta qué punto esta frase es auténtica o, si lo es, si pertenece o no al mundo del humor sardónico del general. De todas formas, no puede tenerse muy en consideración. No es una frase política. La política enseña a tener en cuenta el valor medio de las circunstancias, aunque a veces se produzca como factor el valor extremo. En la media de las circunstancias no se puede considerar que De Gaulle siga gobernando a los ochenta y siete años.

Como los hechos esenciales y reales son los enunciados —disolución de la Asamblea y nuevas elecciones generales y presidenciales en 1972, separación progresiva del pueblo francés del gaullismo— cabe pensar que en Francia se abre ahora, al iniciarse las sesiones parlamentarias de abril, un periodo de sucesión, que regularmente debe durar cuatro años. En ese periodo van a enfrentarse dos fuerzas importantes: la que llamaremos izquierda, porque así se llama ella a sí misma, la Federación de la Izquierda Democrática. **SIGUE**



El gaullismo ha conseguido una mayoría muy apretada. El general continuará su política de signo personal, pero las circunstancias del país han cambiado.

tica, con la alianza provisional de los comunistas, y el gaullismo, considerado por oposición como la derecha, aunque en realidad sea, como antes queda dicho, una coalición con un amplio espectro político, revistiendo todos los caracteres de un centro-conservador —frente al cual ha quedado sin objeto y sin amparo el partido considerado como centro, de Lecanuet—. En el grupo de la izquierda, el mayor peso específico lo tienen los comunistas, que en la nueva Asamblea ofrecen un número casi doble de diputados del que tenían en la anterior. La izquierda democrática carecerá, por consiguiente, de fuerza sin esta alianza, que ha resultado eficaz en las elecciones y que ha demostrado que tenía una base amplia. Los electores han practicado la disciplina de voto; en algunos distritos, los comunistas han votado masivamente a un anticomunista notorio, porque así lo exigía la disciplina de la izquierda, mientras que en otros, los electores de matiz conservador han votado a un candidato comunista. Sin embargo, se trataba solamente de una pura estrategia electoral. Existe ahora, tras las elecciones, la tentación de convertir esa estrategia electoral en algo más consistente, en una especie de partido de frente popular. El juego es difícil. El partido comunista francés ya no es el partido revolucionario de los tiempos de Thorez, Duclos y de André Marty. El partido comunista francés mantiene hoy que la revolución en Francia «sólo puede realizarse por vías democráticas»; es el partido comunista que se espera de una «sociedad industrial», de una «sociedad de consumo». Pero no puede olvidar que es el partido en que se canaliza la protesta de los sin trabajo —en número creciente—, de las víctimas de la inflación, de los que no tienen



Pierre Mendès-France ha conseguido el acta de diputado gracias a la unión de las



El centrista Jean Lecanuet ha visto perder muchos votos a su partido centrista. Sus diputados tendrán que unirse a la mayoría degaullista de la Cámara.

hogar. No es sólo un partido político con una ideología y una filosofía determinada, con unos militantes numerosos y disciplinados es también el partido por el que se canaliza la protesta. Si no acepta la situación le saldrán a su izquierda otras formaciones —llámanselas chinas— que la quitarán el puesto y los votos; porque se acepta comúnmente en Francia la idea de que la mayor parte de los votos comunistas no lo son de ideología, sino de desesperación. Entre la necesidad de adaptarse en alianza a las otras izquierdas y la de no defraudar a sus electores, el partido comunista francés tiene que adoptar ahora una forma política difícil; tanto más difícil en un momento en que sus aliados provisionales temen que les pase la factura del amplio número de diputados conseguido. Pero si puede considerarse que el partido comunista francés de hoy no es el mismo de la posguerra, ni siquiera el del Frente Popular de 1936 —que fue un partido relativamente contemporizador—, hay que tener en cuenta que sus aliados provisionales sí son los mismos: Guy Mollet, el socialista que ha dedicado toda su vida al combate contra el comunismo; Mendès-France que, cuando se presentó ante la Asamblea para su investidura como presidente del Consejo de Ministros, anunció que no contaría los votos comunistas por considerarlos «antinacionales»; los radicales Frédéric-Dupont, Gaillard, Faure, defensores de unos intereses de capital para quienes cualquier preponderancia comunista supondría una catástrofe personal... Una dialéctica va a jugar entre ellos: la tentación de la unidad con los comunistas, como medio seguro para conquistar el poder, y el temor de ser dominados por ellos. Aparte de esto, los programas políticos no coinciden más que en ciertos puntos muy elementales. La izquierda francesa, como se ve, no ha salido aún de sus contradicciones. El fenómeno anticomunista la domina.

Es posible que, como ha dicho André Malraux, un día el poder en Francia sea una disputa permanente entre comunistas y degaullistas. La propaganda del general entre el primero y el segundo turno de escrutinio ha tratado de presentar así las cosas, pero no ha conseguido el reflejo anticomunista que esperaba en el electorado. Es demasiado tarde para que el grupo gubernamental autor de la



izquierdas. Es su más prestigioso líder.

Tixier-Vignancour, de la extrema derecha, fue derrotado en toda la línea y él mismo no pudo conseguir los votos necesarios.

apertura europea hacia el Este y destructor de la OTAN, el grupo que ha condenado a los Estados Unidos como agresores en el Vietnam y que ha reconocido a China, trate de presentarse como anti-comunista. El tema ya no tiene validez. Ni es razón para mantener la homogeneidad del partido.

Si la izquierda está, como queda dicho, en un momento dialéctico, en un momento de contradicción, el centro gaullista va a pasar por una serie de angustias. La aspiración a la sucesión juega en él profundamente. En estos cuatro años que le quedan por delante tiene que inventarse un hombre capaz de sustituir al general. De donde vaya a sacarlo es por ahora un enigma. A este enigma quieren responder varios de sus prohombres: Pompidou, Debré, Giscard d'Estaing; y probablemente algunos otros que comenzarán a sonar cuando el general nombre su nuevo gobierno, cuando la Asamblea permita destacarse en la oratoria a los nuevos tenores del partido. En primer lugar, el propio general tendrá que revisar profundamente su política; ha demostrado en sus últimos años de gobierno una enorme capacidad para variar según varíen las circunstancias en torno a él, tanto en política nacional como internacional. La mayor parte de los comentaristas de estas elecciones creen que va a inclinar su gobierno hacia la izquierda en política nacional, es decir, a la realización de reformas sociales. Será una enseñanza de estas elecciones, que han podido mostrarle cuáles son los móviles políticos por que votan los franceses. En segundo lugar, según parece, va a acentuar su política internacional, que muchos de sus seguidores creen que ha sido tímida y sin resultados prácticos. Si el degaullismo se inclina hacia la izquierda será con el ánimo de quitarle votos a la verdadera izquierda en las próximas elecciones. Corre con ello el peligro de que algunos de sus aliados le abandonen. Pero no podrán evitar cubrirse con el disfraz de la izquierda, que ha demostrado tanta fuerza. Por otra parte, deben tener en cuenta que la fisonomía electoral de Francia habrá cambiado de aquí a 1972. Si en estas elecciones ha votado un censo considerado por los estadísticos como el de mayor edad que se ha conocido en Francia, por acumulación

de las clases senatoriales, el que está previsto para 1972 será, por el contrario, el más joven que haya conocido el país, como resultado del alza demográfica de la posguerra. Un electorado joven significa un electorado para el cual el mito del general De Gaulle, desde su resistencia en Londres hasta la terminación de la guerra de Argelia y la lucha contra la OAS, no significará absolutamente nada. Será el general un curioso antepasado, y los gaullistas unos personajes vacíos de sentido.

En este sentido, el reformismo del general parece inteligente. Y la lucha por la sucesión dentro del partido de la V República tendrá que hacerse en ese sentido. Es muy posible que en estos cuatro años asistamos a la división de la mayoría, minada por las ambiciones personales, incapaz de realizar un programa que no sea escrutar la mente del general —el partido no ha celebrado ningún congreso nacional desde 1963—; pero es posible también que la ilusión por conservar el poder le esclerótica, le fije en un inmovilismo que no estará de acuerdo en nada con los cambios del mundo, y que le haga derrumbarse de un soplo. Pero no hay ninguna certidumbre de que la izquierda, tal como aparece hoy, sea capaz de la dinámica necesaria para adaptarse a las circunstancias y para conquistar la masa electoral juvenil que va a precipitarse a los urnas.

Naturalmente, hay unos factores que no es posible profetizar, pero que van a jugar muy notablemente en el desarrollo de esta lucha por la sucesión. Me refiero a los factores de política internacional. La evolución del conflicto asiático, la posibilidad de que la URSS y los Estados Unidos lleguen a un entendimiento o que, por el contrario, acentúen su separación; el porvenir de China, las ocasiones de fortalecimiento de Europa, la desaparición de las fronteras entre los países del Este y del Oeste, la configuración de Alemania, son factores que forzosamente tienen que representar un papel importante en cualquier evolución nacional, pero de una manera primordial en la de Francia.

E. H. T.

(Fotos: CIFRA, EUROPA PRESS y DALMAS)